

## LA HOJA EN EL SURCO

### Eduardo Haro Tecglen

“Yo vivo al día siguiente”, dijo una vez. Pensemos que Carlos Salvador –salvado– llega hoy, un día siguiente, cuando una persona cualquiera lee estas delgadas y agudas hojas como de planta humilde y perenne de balcón: vive en el otro, entrado en la mente del otro por los ojos o por la voz, y se queda allí.

Tengo la mala suerte de no haberle conocido cuando él ya me conocía a mí, y la buena de que me da vida cuando le albergo: o sea, cuando entre en mí su frase, su ensayo, su verso. “Enseñame lo que no sé”, me dice, y le devuelvo las palabras: me enseña lo que no sé; o veces me enseña lo que sé pero no he sabido formularme, como hacen los verdaderos escritores con lectores que no se pueden formular a sí mismos. Aprendo de él, como aprendí de mis hijos; soy el sucesor de los que debían ser mis sucesores, y llevo sus palabras y sus ideas a cuestras, sobre el lomo de lo que escribo, para que la muerte de ellos no interrumpa su palabra y viaje sobre mí hasta donde yo llegue. “Lo ridículo es no parar de hablar de la muerte, de la que lo único que sabemos es que ‘es’ y ‘está’, escribe cuando se acaba. La muerte no existe, me digo muchas veces, recordando la de cada uno, la de todos ellos: simplemente, se deja de vivir. No hay una “Dama del alba”, ni un Segador de guadaña, ni un jugador de ajedrez; ni ese ángel que esculpen sobre algunas tumbas con un dedo puesto sobre los labios. Pide silencio. No le hagamos caso: es solo un mármol hecho por un hombre y una superstición. No queremos callarnos, y Carlos Salvador no calla, y los suyos transportan su voz. No hay Mas Allá, no hay fantasmas, ni sombras ni nada. Ni Infierno, ni Juicio Final, que son un par de horribles canalladas para atarnos al miedo. Pero hay una huella que se puede dejar en esta llanura: sus frases, que otros clavan en esta tierra, y trasportan por la vida. No hay muerte: se deja de vivir, como antes de nacer. No hay ni siquiera ese “se” impersonal. La Nada, que es una imaginación, tan absurda como el Todo. “La imaginación de gestar lo paradójico”, dice él. Y “No quiero morir en cinco minutos”. Cifra en la que encierra su tiempo previsto metafórico,: “Dioses para cinco minutos”.

Y, como no hay muerte, el gran escritor niño, el adolescente escritor, no ha muerto. Habrá muerto para una barra del bar, para una caricia que alguien inicie y se quede con la mano en el aire en el que imagina su cabeza, para un teléfono que ha enmudecido. Su no ser da algún sentido a aquel otro muchacho perdido, Hamlet, que perdura por dudar entre ser y no ser. El no ser de Carlos viene aquí a ser: y aquí es querido, y transportado, entrado en otros cuerpos que le dan la vida y la continuidad. Sigue hablando, y le repetimos, y aprendemos su lección de parquedad y de emociones.

